

Pájaro sin luz

Juan Sierra



Capítulo 1

Pájaro sin luz

"*Era más blanda que el agua, que el agua blanda*". Con este verso inicial del famoso tango de Roberto Goyeneche, Rubén podía describir perfectamente lo que pensaba de Laura, su esposa. Una buena mujer, bella, inteligente, honesta y blanca; pero no en su tono de piel, blanca en el color del alma. Ocho años de feliz unión conyugal tenían como producto a la pequeña Matilde, su hija de siete, la nena de sus ojos. Los tres conformaban una *belle famille*, amorosa, moderada y respetuosa, de esas que aparecen siempre enseñando blancos dientes en las revistas de decoración. Pero que Rubén amara a Laura y la considerara una madre y una esposa excepcional, no significa que no estuviera seducido por el atractivo pasatiempo del adulterio, una actividad paralela a su vida ordenada que lo estimulaba y lo inquietaba, no tanto por las doncellas enigmáticas y sus cualidades intrínsecas, sino por el apasionante riesgo del engaño. Acceder a los atributos de aquellas féminas con las que se veía en la clandestinidad era un daño colateral en su actividad de entretenimiento.

Era por esa misma razón que Rubén, luego de la primera reunión de padres en el colegio al que acudía Matilde, decidió pasar a buscar todos los días a la nena a la escuela. Ya entonces, desde el principio del año escolar Laura le había pedido que lo hiciera, le quedaba de camino entre la oficina y la casa, pero Rubén no encontraba razones de peso para acceder a la petición de su esposa, le resultaba mejor salir de la oficina para encontrarse, unas veces con sus amigos, y otras, "con OTROS amigos". Luego de la primera reunión a la que por fin asistió, conoció a Ceci, la maestra de su hija, una razón de peso suficiente (o dos) para acatar puntualmente las demandas de su esposa. Ahora, sagradamente estaba con su auto a las tres en punto en la escuela de la nena esperando a que la coqueta Ceci le entregara a Matilde, luego en un acto de cortesía pura, llevaba a la maestra a su casa ya que, coincidencias de la vida, le quedaba de paso. Mentira, tenía que dar una vuelta de mierda con el auto, pero el par de razones que portaba la maestra lo justificaba.

Rubén comenzó con Cecilia una aventura amorosa que lo llenaba de vértigo absoluto, mucho más que todas las anteriores. Coordinaban encuentros cortos en la oficina, a la hora del almuerzo, en plazas, parques, etc. Pero los mejores eran los convocados en la escuela, al borde de ser sorprendidos por alguna alma inocente o algún otro docente, sobre todo los pactados en el aula de audiovisuales, con el salón totalmente a oscuras, esos eran los destacados. La cereza del helado eran los regresos a casa, lo excitaba demasiado la frontera del peligro, la cercanía a ser descubierto, ya que hablaban entre ellos a los ojos y oídos de la pequeña

Matilde dentro del auto. Así que lo hacían en clave, usando códigos y señales que sólo los adultos podían identificar, sirviéndose de un lenguaje mutuo decodificado en la semántica de las palabras empleadas. La adrenalina se incrementaba más en el hogar, a la hora de la cena, cuando Laura le preguntaba a su hija por la jornada diaria, por la escuela, por su maestra. Luego la pequeña contestaba a todo con felicidad y hablaba maravillas de la señorita Ceci, lo que llenaba de orgullo y alegría a su madre. Rubén, en cambio, estaba atento a las respuestas de su hija, por si alguna palabra entre los amantes fue mal ejecutada y era comentada en la mesa, así que solo le quedaba sonreír y seguir cortando la carne.

Laura nunca se enteraba de nada, simplemente no sospechaba. No vivía al asecho del paradero de su marido, ni en una cacería constante de mujercuelas. No parecía una mujer moderna, al contrario, parecía una mujer cultivada en una sociedad distinta a la nuestra, donde no había mentiras, ni codicia, ni envidia, ni lujuria, ni engaños; eran todas estas palabras desconocidas en el vocabulario de la noble esposa. Confiaba plenamente en su marido, creía a cabalidad cada excusa dada cuando éste llegaba en la madrugada. No indagaba ni investigaba las mismas, ni le buscaba la pata floja a la mesa, esa desde donde siempre cae la mentira por su propio peso. No se sabe cómo hacía esta mujer para resistir a la tentativa de esculcar entre los bolsillos, en su celular, en sus contactos, en su correo, en todos los posibles lugares donde puede flaquear el engaño, simplemente creía con devota convicción en su marido. Así que se levantaba todas las mañanas a prepararle el café y el desayuno, a él y a su hija, los alistaba y los despachaba en horario, cada jornada. Luego se paraba frente al ventanal de su casa, con un té en la mano los veía alejarse en el auto y pensaba: *"¿Cuándo le voy a decir a este pobre infeliz que Matilde no es su hija? Creo que ya es tiempo que lo sepa. Hoy en la cena se lo digo"*.